

EL RECUADRO

La Unión Europea ha diseñado un "Plan de Acción de Emprendimiento 2020" con el loable propósito de apoyar a los emprendedores y provocar un cambio de la cultura emprendedora en Europa, de modo que ser emprendedor se convierta en un proyecto atractivo para los ciudadanos europeos, muy especialmente para los jóvenes, y permita generar actividad, empleo y riqueza.

Las medidas presupuestarias, administrativas, fiscales, formativas y financieras que constituyen el núcleo del Plan, son poco discutibles, sobre todo desde un país como España, que sufre una tasa de desempleo por encima del 25 por ciento y una tasa de desempleo juvenil superior al 55.

También a escala nacional se ha diseñado una "Estrategia de Emprendimiento y Empleo Joven para el periodo 2013-2016", con una dotación presupuestaria adicional a los fondos europeos, con distintos incentivos y aprobado con la participación y el consenso de los interlocutores sociales.

Al margen de consideraciones de mayor detalle y profundidad, ambos. Plan y Estrategia, adolecen de un mismo defecto ya en su enunciado. Son proyectos para el "emprendimiento", un eufemismo –cerca ya del noñismo- para evitar palabras, empresa y empresario, que se ocultan como casi vergonzantes.

Pero las palabras están cargadas de sentido, al margen de quien y como se pronuncien o escriban, y será difícil corregir los males que nos afligen si antes no reconocemos que es en las empresas y en los empresarios donde, con una base de medidas económicas, formativas y de empleo y regulación del mercado de trabajo, encontraremos la solución para nuestros problemas.

Desde el título de cualquier plan o estrategia, sobre todo si se propone apoyar a los emprendedores y fomentar su surgimiento, habría que llamarlos por su nombre: empresarios. Y, después, resaltar qué ha sido de las empresas de donde ha surgido la inmensa mayoría de los avances que constituyen el gran entramado productivo de las sociedades occidentales que, a su vez, es el que soporta el edificio económico y social que llamamos estado del bienestar.

Pero, además, habría que ir más allá y explicar que toda esa estructura está formada, fundamentalmente en los países más prósperos del mundo, de pequeñas y medianas empresas. En ellas reside buena parte de la competitividad de productos y servicios, y en ellas se han de concretar las ideas de innovación, de mejora continua, de ir más allá y buscar nuevos enfoques y mercados, de absorber nuevos métodos de gestión y tecnologías, en suma: de hacer empresa y asumir riesgos.

Es evidente que debe producirse un cambio significativo para establecer un marco global atractivo que permita crear empresas, que sean competitivas, que sobrevivan y que en algunos casos crezcan y den el salto para dejar de ser Pymes. Y ese marco global debe empezar hablando, sin circunloquios, de empresas y de empresarios, de las Pymes, de sus necesidades y de su particular idiosincrasia.

Ese es el primer reto al que se han de enfrentar nuestras sociedades, situar la empresa y el empresario en el centro del escenario económico, porque esa es la primera acción de protección y fomento del emprendimiento, llamarles por sus nombres y poner el foco sobre lo más relevante de su actividad.

Así habrá terreno abonado para políticas de empleo, de investigación, fiscales, laborales, de racionalización legislativa, de internacionalización, formativas, de financiación..., fundamentales para mejorar la competitividad y favorecer la adaptación de las empresas a las coyunturas cambiantes de los mercados, pero estériles si antes no hay un fomento de la propia idea de empresa.